

El cuento de la Isla Desconocida



Adaptación del texto de José Saramago, 2002

Mujer: Y tú, ¿qué quieres?

Hombre: Quiero hablar con el rey.

M: Ya sabes que el rey no puede venir, está en la puerta de los obsequios.

H: Pues entonces ve y dile que no me iré de aquí hasta que él venga personalmente para saber lo que quiero.

.....

Rey (a la mujer): Abre la puerta.

M: ¿Toda, o sólo un poco?

R: De par en par.



R: ¿Tú qué quieres? ¿Por qué no me dijiste lo que querías?
¿Te crees que no tengo nada más que hacer?

H: Dame un barco.

R: Y tú ¿para qué quieres un barco?

H: Para buscar la isla desconocida.

R: ¿Qué isla desconocida?

H: La isla desconocida.

R: Hombre, ya no hay islas desconocidas.

H: ¿Quién te ha dicho, rey, que ya no hay islas desconocidas?

R: Están todas en los mapas.

H: En los mapas están sólo las islas conocidas.

R: ¿Y qué isla desconocida es esa que buscas?

H: Si te lo pudiese decir, entonces ya no sería desconocida.

R: ¿A quién has oído hablar de ella?

H: A nadie.

R: En ese caso, ¿por qué te empeñas en decir que ella existe?

H: Simplemente, porque es imposible que no exista una isla desconocida.

R: Y has venido aquí para pedirme un barco.

H: Sí, vine aquí para pedirte un barco.

R: ¿Y tú quién eres para que yo te lo dé?

H: ¿Y tú quién eres para no dármelo?

R: Soy el rey de este reino y los barcos de este reino me pertenecen todos.

H: Más les pertenecerás tú a ellos que ellos a ti.

R: ¿Qué quieres decir?

H: Que tú sin ellos nada eres, y que ellos sin ti, pueden navegar siempre.

R: Bajo mis órdenes, con mis pilotos y mis marineros

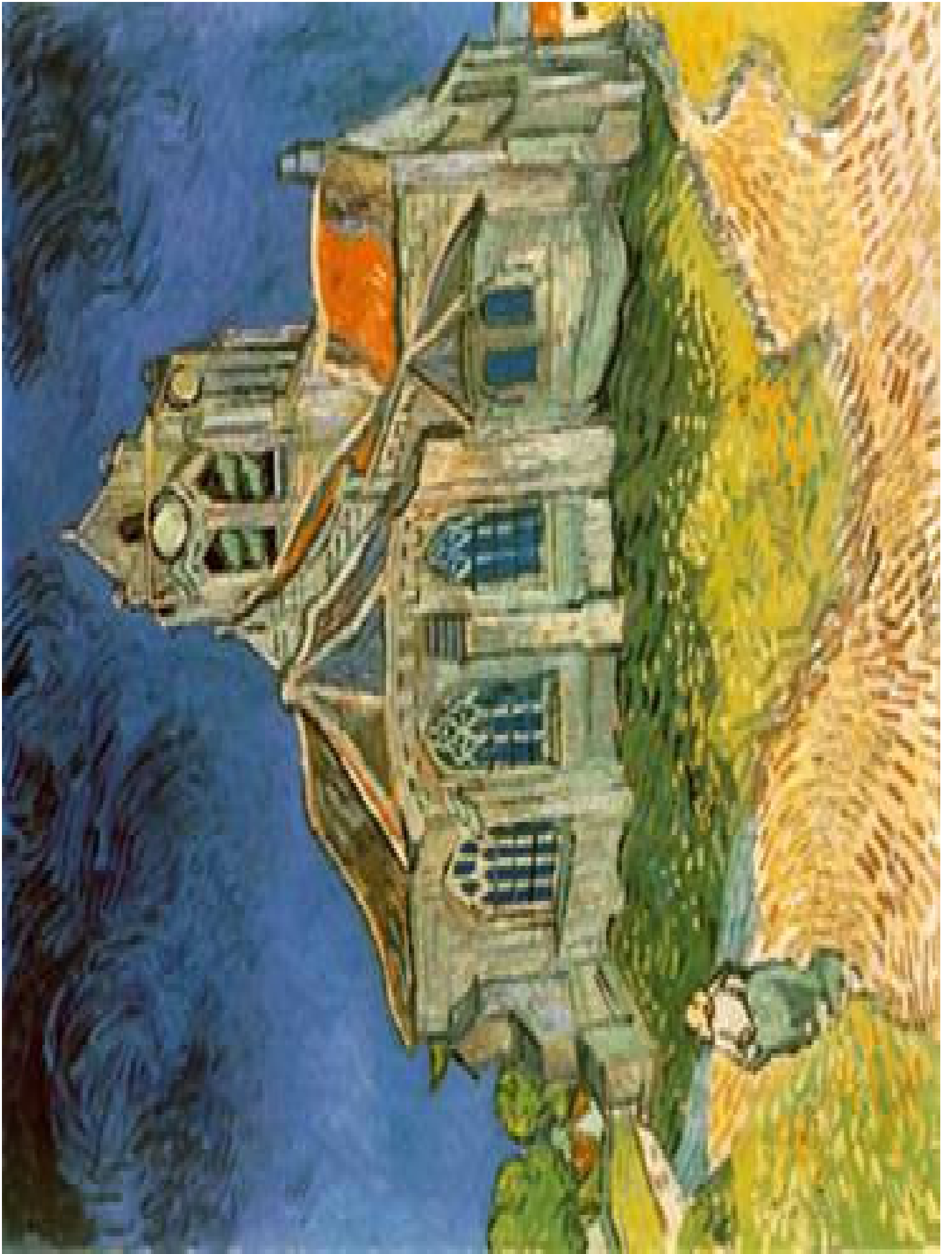
H: No te pido marineros ni piloto, sólo te pido un barco.

R: Y esa isla desconocida, si la encuentras, ¿será para mí?

H: A ti, rey, solo te interesan las islas conocidas.

R. También me interesan las desconocidas, cuando dejan de serlo.

H: Tal vez esta no se deje conocer.



R: Entonces no te doy el barco.

H: Darás.

Gente: ¡Dale el barco! ¡Dale el barco! ¡Dale el barco! ¡Dale el barco!

R: Voy a darte un barco, pero la tripulación tendrás que conseguirla tú, mis marineros son precisos para las islas conocidas. Vas al muelle, preguntas por el capitán del puerto, le dices que te mando yo, y él que te dé el barco, llevas mi tarjeta: 'Entrega al portador un barco, no es necesario que sea grande, pero que navegue bien y sea seguro, no quiero tener remordimientos en la conciencia si las cosas ocurren mal'.

En el puerto...



Capitán (al hombre): ¿Sabes navegar? ¿Tienes carné de navegación?

H: Aprenderé en el mar.

C: No te lo aconsejaría, capitán soy yo, y no me atrevo con cualquier barco.

H: Dame entonces uno con el que pueda moverme, no, uno de esos no, dame un barco que yo respete y que pueda respetarme a mí.

C: Ese lenguaje es de marinero, pero tú no eres marinero.

H: Si tengo el lenguaje, es como si lo fuese.

C: ¿Puedes decirme para qué quieres el barco?

H: Para ir en busca de la isla desconocida.

C: Ya no hay islas desconocidas.

H: Lo mismo dijo el rey.

C: Lo que él sabe lo aprendió conmigo.

H: Es extraño que tú, siendo hombre de mar, me digas eso, que ya no hay islas desconocidas; hombre de tierra soy yo y no ignoro que todas las islas, incluso las conocidas, son desconocidas mientras no desembarquemos en ellas.

C: Pero tú, si bien entiendo, vas a la búsqueda de una donde nadie haya desembarcado nunca.

H: Lo sabré cuando llegue.

C: Si llegas.

H: Sí, a veces se naufraga en el camino, pero si tal me ocurre, deberás escribir en los anales del puerto que el punto adonde llegué fue ese.

C: Quieres decir que llegar se llega siempre.

H: No serías quien eres si no lo supieses ya.

C: Voy a darte la embarcación que te conviene.

H: ¿Cuál?

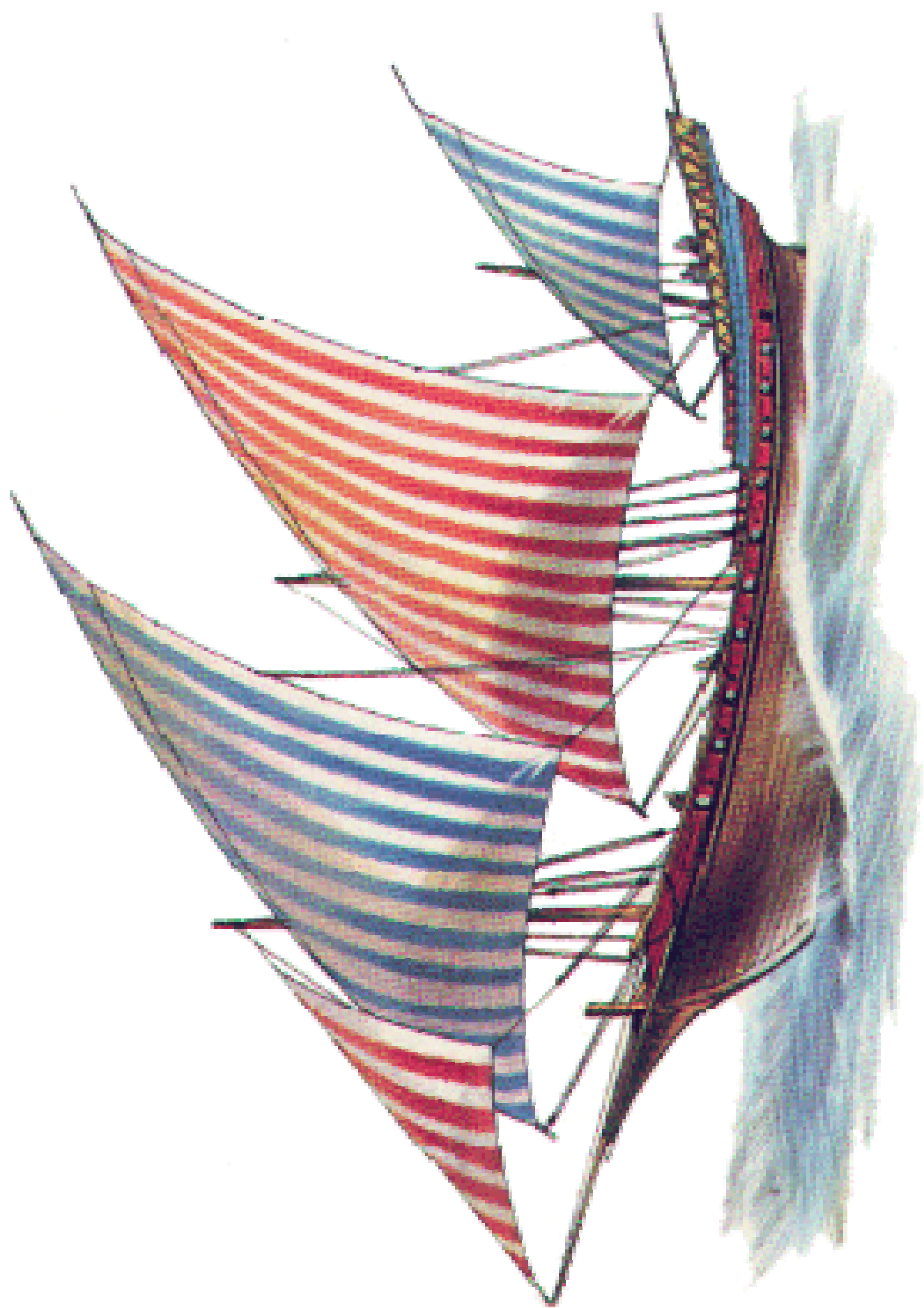
C: Es un barco con mucha experiencia, todavía del tiempo en que la gente andaba buscando islas desconocidas.

H: ¿Cuál?

C: Creo que incluso encontró algunas.

H: ¿Cuál?

C: Aquél.



M: ¡Es mi barco! El que yo había elegido!

H. Parece una carabela.

C: Más o menos, después pasó por arreglos y adaptaciones que la modificaron un poco. Pero continúa siendo una carabela. Sí, en el conjunto conserva el antiguo aire. Y tiene mástiles y velas. Cuando se va en busca de islas desconocidas es lo más recomendable.

M: Para mí no quiero otro.

H: ¿Quién eres tú?

M: ¿No te acuerdas de mí?

H: No tengo ni idea.

M: Soy la mujer de la limpieza.

H. ¿Qué limpieza?

M: La del palacio del rey. La que abría la puerta de las peticiones.

H. ¿Y por qué no estás en el palacio del rey, limpiando y abriendo puertas?

M: Porque las puertas que yo quería ya fueron abiertas y porque de hoy en adelante sólo limpiaré barcos.

H: Entonces, ¿estás decidida a ir conmigo en busca de la isla desconocida?

M: Salí del palacio por la puerta de las decisiones.

H: Siendo así, ve para la carabela, mira cómo está aquello, después del tiempo pasado debe precisar de un buen lavado, y ten cuidado con las gaviotas, que no son de fiar.

M: ¿No quieres venir conmigo a conocer tu barco por dentro?

H: Dijiste que era tuyo.

M: Disculpa, fue sólo que me gustó. Gustar es probablemente la mejor manera de tener, tener debe de ser la peor manera de gustar.

C: Tengo que entregar las llaves al dueño del barco, a uno o a otro, resuélvanlo, a mí tanto me da.

H: ¿Los barcos tienen llave?

C: Para entrar no, pero allí están las bodegas y los armarios, y el camarote del comandante con el diario de a bordo.

H. Ella que se encargue de todo, yo voy a reclutar la tripulación.



H: Estate tranquila, traigo comida para los dos.

M: ¿Y los marineros?

H: Como puedes ver, no vino ninguno.

M: Pero los dejaste apalabrados al menos...

H: Me dijeron que ya no hay islas desconocidas, y que, incluso habiéndolas, no iban a dejar el sosiego de sus lares y la buena vida de los barcos de línea para meterse en aventuras oceánicas, a la búsqueda de un imposible, como si todavía estuviéramos en el tiempo del mar tenebroso.

M: Y tú, ¿qué les respondiste?

H: Que el mar es siempre tenebroso.

M: ¿Y no les hablaste de la isla desconocida?

H: ¿Cómo podría hablarles de una isla desconocida, si no la conozco?

M: ¡Pero tienes la certeza de que existe!

H: Tanto como de que el mar es tenebroso.

M: En este momento, visto desde aquí, con las aguas color de jade y el cielo como un incendio, de tenebroso no le encuentro nada.

H: Es una ilusión tuya, también las islas a veces parece que fluctúan sobre las aguas y no es verdad.

M: ¿Qué piensas hacer, si te falta tripulación?

H: Todavía no lo sé.

M: Podríamos quedarnos a vivir aquí, yo me ofrecería para lavar los barcos que vienen al muelle. ¿Y tú?

H: ¿Y yo?

M: Tendrás un oficio, una profesión, como ahora se dice.

H: Tengo, tuve, tendré, si fuera preciso, pero quiero encontrar la isla desconocida, quiero saber quién soy yo cuando esté en ella.

M: ¿No lo sabes?

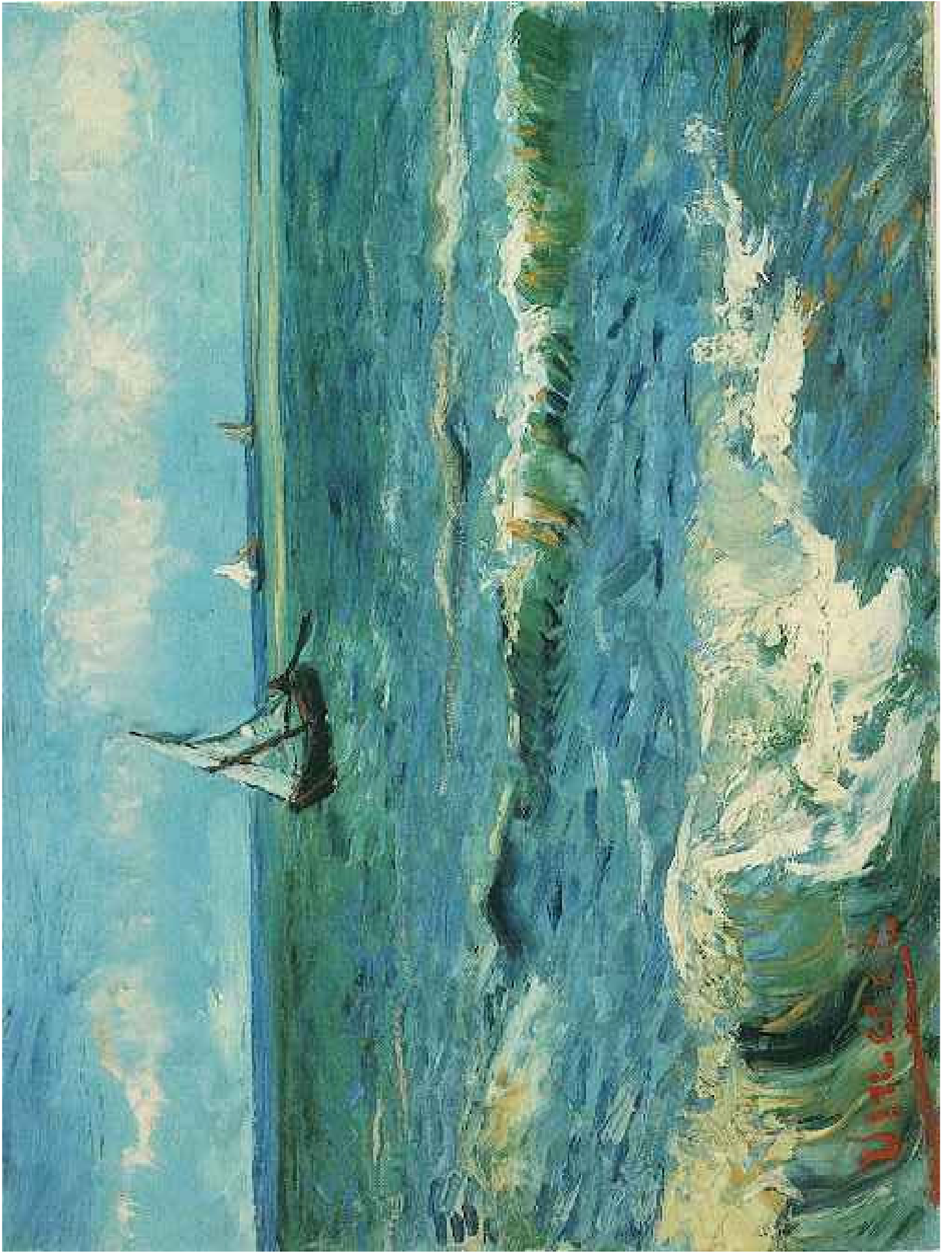
H: Si no sales de ti, no llegas a saber quién eres.

M: El filósofo del rey, cuando no tenía nada que hacer, se sentaba junto a mí, para verme zurcir las medias de los pajes, y a veces le daba por filosofar, decía que todo hombre es una isla, yo, como aquello no iba conmigo, visto que soy mujer no le daba mucha importancia. ¿Tú qué crees?

H: Que es necesario salir de la isla para ver la isla, que no nos vemos si no salimos de nosotros.

M: Si no salimos de nosotros mismos, quieres decir.

H: ¿No es igual? Dejemos las filosofías para el filósofo del rey, que para eso le pagan, ahora vamos a comer.



M: Primero tienes que ver tu barco, sólo lo conoces por fuera.

H: ¿Qué tal lo encontraste?

M: Hay algunas costuras de las velas que necesitan refuerzo.

H: ¿Bajaste a la bodega? ¿Encontraste agua abierta?

M: En el fondo hay alguna, mezclada con el lastre, pero eso me parece que es lo apropiado, le hace bien al barco.

H: ¿Cómo aprendiste esas cosas?

M: Así.

H: Así ¿cómo?

M: Como tú, cuando dijiste al capitán del puerto que aprenderías a navegar en la mar.

H: Todavía no estamos en la mar.

M: Pero estamos en el agua.

H: Es bonita, pero si no consigo tripulantes suficientes para la maniobra tendré que ir a decirle al rey que ya no la quiero.

M: Te desanimas a la primera contrariedad.

H: La primera contrariedad fue esperar al rey tres días, y no desistí.

M: Si no encuentras marineros, ya nos las arreglaremos los dos.

H: Estás loca, dos personas solas no son capaces de gobernar un barco de éstos, yo tendría que estar siempre al timón, y tú, ni vale la pena explicarlo, es una locura.

M: Después veremos, ahora vamos a cenar.



M: Es realmente bonita nuestra carabela... la tuya, tu carabela.

H: Supongo que no será mía por mucho tiempo.

M: Navegues o no navegues con ella, la carabela es tuya, te la dio el rey.

H: Se la pedí para buscar una isla desconocida.

M: Pero esas cosas no se hacen de un momento a otro, necesitan su tiempo, ya mi abuelo decía que quien va al mar se avía en tierra, y eso que él no era marinero.

H: Sin marineros no podemos navegar.

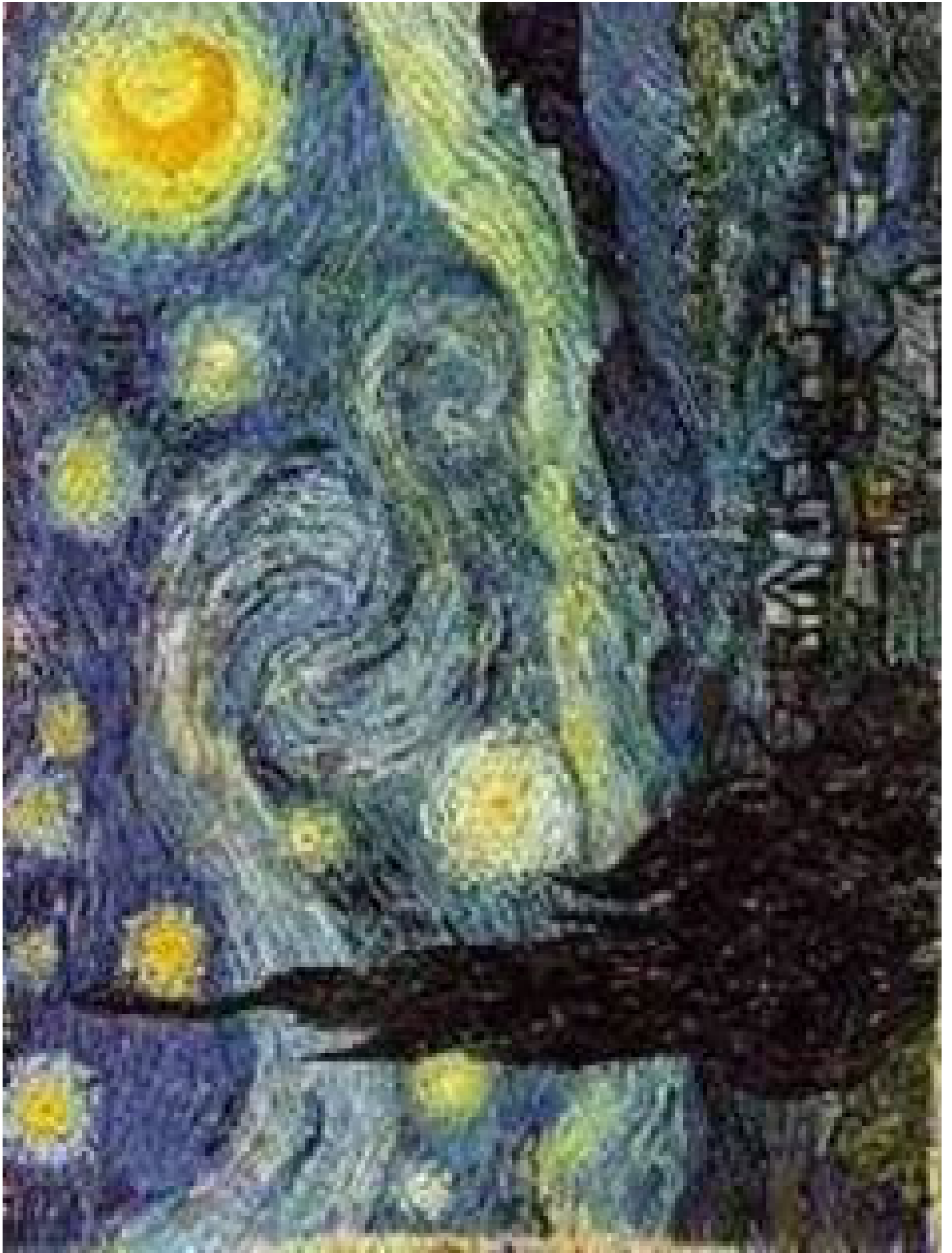
M: Eso ya lo has dicho.

H: Hay que abastecer al barco de mil cosas necesarias para un viaje como éste, que no se sabe adónde nos llevará.

M: Evidentemente, y tendremos que esperar a que sea la estación apropiada, y salir con marea buena, y que venga gente al puerto a desearnos buen viaje.

H: Te estás riendo de mí.

M: Nunca me he reído de quien me hizo salir por la puerta de las decisiones. Discúlpame. Ya no volveré a pasar por ella, suceda lo que suceda.



H: No es que yo tenga mucho sueño.

M: Ni yo. Hay literas abajo.

H: Sí.

M: Hasta mañana, yo voy para este lado.

H: Y yo para éste. Hasta mañana.

M: Me había olvidado. Encontré unas velas, pero no tengo cerillas.

H: Yo tengo.

M: Hasta mañana, duerme bien.

H: Que tengas felices sueños.

